libro yerros sin número con daño de la verdad y del público.

Antes de ponerte á escribir la biografía de algun gran hombre, recoge los datos mas esactos, y desecha todos aquellos que presenten alguna duda; pues mas vale presentar la verdad sola, aunque tu produccion sea corta, que grandes volúmenes llenos de falsedades en las que aquella está como sepultada.

El biógrafo de personas contemporáneas debe tener presente que sus escritos pasaràn á la posteridad, y que serviràn á otro para hablar de la misma persona, y que incurrirà indispensablemente en errores, si él no trata de escribir la verdad sencillamente.

Cualidades que deben concurrir en todo escritor.

La moderacion y el escaso mérito que juzgue el autor que encierran sus obras, son la mejor recomendacion que pueden hablar en su elogio, porque pocos hombres hay que se dediquen á las letras, que estén libres de la concupiscencia de la gloria literaria, concupiscencia tan comun entre los escritores como es comun la concupiscencia de la carne en el resto de los hombres. Aquel, pues, que se mire libre de ella ó que la domine, será el escritor mas recomendable y mas útil á la sociedad.

Así como el jóven que ha heredado grandes riquezas, generalmente hablando, se enorgullece, y halagado por ellas y por sus malos amigos se entrega á todos los placeres, que, una vez satisfechos llegan á tomar asiento en su corazon; así el hombre à quien Dios ha dotado de escelente talento se enorgullece con su saber, y formándose una alta idea de sí mismo por la riqueza de sus pensamientos, y halagado por las alabanzas de sus falsos amigos, dá entrada en su corazon à la vanagloria que, una vez apoderada de él, llega á echar hondas raices que con dificultad se arrancan.

Fácilmente conoce el hombre los vicios que tiene y que repugnan á la sana moral; pero raro es el escritor que conoce el despreciable vicio de la soberbia, nacida de la opinion ventajosa que tiene de sí mismo.

La soberbia se vence con la humildad, y la humildad se adquiere con el estudio de la verdad; esto es, con el estudio de nuestra miseria, con el estudio de nuestra pequeñez, con el estudio de nuestras debilidades, con el estudio de la benevolencia de Dios, del Sabio por escelencia que, libre de todo orgullo, mira al hombre ignorante con un amor sin límites, con un afecto tierno y paternal.

No debe el escritor recitar à sus amigos las cosas que ha escrito y que ha estudiado

para tenerlas en la memoria, porque esto revela satisfaccion propia, ventajosa idea de sus producciones, aprobacion de sí mismo, orgullo desmedido; y orgullo que se aumenta con los aplausos que precisamente, aunque sea por política, le han de prodigar los amigos que le escuchan.

Bueno es que antes de publicar una obra consultes con tus amigos, con el noble fin de que te adviertan los defectos; pero jamas el que hagas gala de tus producciones recitando trozos de ellas; porque esto último te atraerá el desprecio de los que te oyen.

No debe el escritor lisongearse de su talento, ni del número de obras que ha escrito, sino del uso que ha hecho del talento, y de la cantidad de buenas mácsimas que hay en las últimas.

De mas provecho le es al sediento una sola fuente de agua limpia, que multitud de estanques de corrompidas aguas manchadas con el lodo que hay en el fondo.

El escritor debe posponer su deseo de gloria al provecho que de sus obras resulte á la sociedad.

No en el mucho escribir, sino en el modo de escribir, consiste el mérito del escritor, porque de lo último resulta el fruto sembrado de sus doctrinas; y mayor mérito tendrá cuanto mayor sea el número de hombres en cu-

yas almas ha infundido el amor al òrden y à la sana moral.

El escritor debe elegir para su estudio particular los libros útiles, esto es, los libros basados en la moral cristiana y escritos con el espíritu de verdad que ilustra; y no aquellas obras de pura curiosidad y entretenimiento, que son como las flores que agradan á la vista, pero que no sustentan.

El escritor debe atender á la luz de la verdad, y dirigir por ella su talento, y no al halago de su viva imaginacion; porque atendiendo á la luz de la verdad, sus mácsimas y sus escritos precisamente serán provechosos, al paso que si se deja arrastrar por su viva imaginacion, fácil serà que sus palabras se aparten del camino del deber, con daño de los lectores.

No debe en el corazon del escritor reinar esa vana curiosidad de saber aun las cosas mas insignificantes para adquirir un caudal considerable de curiosidades, porque esa vana curiosidad de saber para poder hablar de todo, abre las puertas á la presuncion, y las cierra á la verdadera filosofia.

El escritor al escribir debe aspirar á aquel placer interior, todo espiritual, que esperimenta el rico cuando socorre á algun desgraciado, porque si este anhelo de repartir

sus conocimientos le anima, sus producciones han de ser forzosamente buenas.

En el escritor no debe ecsistir amor propio inconsiderado, sino moderado: esto es, solo debe tener ese amor propio que mire por su reputacion de hombre de moral.

Para desterrar, pues, el primer amor propio, el amor propio vano, debe combatirlo con el estudio de la verdad, con la sólida ilustracion, porque la sòlida ilustracion solo busca la realidad de las cosas, y modera la ambicion del escritor.

Humilde debe ser todo aquel que se dedica á las letras; pero no debe cuando se ofrezca, ocultar sus conocimientos en aquellas cosas de comun utilidad, porque en este caso la modestia seria perjudicial á todos.

En donde la modestia debe acompañar al escritor, es en aquellas cosas en que tenga que impugnar alguna opinion; porque debe decir su parecer de una manera dulce, sin manifestar superioridad, sino con palabras que manifiesten que està pronto á abrazar la opinion contraria si ve que en ella està la verdad.

Mucha desconfianza debe tener el escritor de las alabanzas que le prodiguen, pues aduladores sobran que se deleitan en envanecer á sus amigos; y pocos amigos verda-

deros que tengan la suficiente ingenuidad para advertir los defectos.

Modesto debe ser el escritor; pero no debe tenerse por modesto aquel que solo lo es con los que lo elogian, porque ningun mérito tiene el que muestra humildad con aquellos que sabe que le tienen en gran estima y en gran concepto. Modesto es solamente el escritor que escucha con igual amabilidad la impugnacion que hacen de sus obras como los elogios.

Aquel modesto que sin hacerse ostentacion de su talento ni de su saber, recibe las observaciones que se le hacen, con aprecio, y se aprovecha de ellas para corregir sus obras.

Cerca está de la modestia el que ha llegado á un alto grado de sabiduría; porque la sabiduría nos enseña á conocer lo poco que sabemos; y de este conocimiento nace la recomendable modestia.

Una de las cosas de que debe huir con empeñoso anhelo el escritor, es de la vanidad. La vanidad, que es hija de la ignorancia, es despreciadora del verdadero mérito, y el escollo mas terrible que se opone á la adquisicion de la sabiduría.

El escritor vano es aborrecido de los mismos vanos, y despreciado de la gente pensadora.

No seas modesto en lo esterior y orgulloso y vano en lo interior, porque así te harás doblemente despreciable.

Mira al escribir algo si estás animado del deseo de ser útil á los demas, porque así huirás del vano orgullo que suele animar á los que presentan producciones únicamente de imaginacion, los cuales generalmente suelen estar tan pagados de sí mismos que, aunque los elogien, siempre creen que han andado cortos en prodigarles alabanzas.

Al vano que tiene formada alta opinion de su saber, todo cuanto bueno digan de sus obras le parece poco, porque su ambicion literaria no tiene límites, y quisiera que todo el mundo le proclamase como al hombre de mas saber y de mas capacidad.

Quiere el escritor vano que todos los hombres sean esclavos de sus ideas, cuando él no es otra cosa que esclavo de la vanidad.

Al principio el escritor solo anhela que le impriman alguna produccion ligera; despues que todos lean sus composiciones; mas tarde que elogien cuanto escribe; despues que todo el mundo las conozca; luego, que todos lo acaten; y por último, que le admiren y le tengan por superior á todos los hombres.

El escritor soberbio que anhela alabanzas, esclavo es de su empeño y mártir de su va-

nidad cuuando no alcanza su objeto, ò cuando se ve criticado.

El escritor debe ser benévolo con los demas que escriben, y no intentar jamas rebajar el mérito que tengan.

Muchos escritores hay que adulan al autor y le elogian sus obras cuando hablan con él, y que en cuanto le ven alejarse, le critican sin piedad entre los mismos que han escuchado poco antes los elogios. Los que esto hacen son mirados con deconfianza por los otros, porque cada uno teme que igual cosa digan de él.

Cuanto mas modesto seas, mas resaltará tu saber, porque la modéstia con su silencio lleva el talento á una altura á que todo el mundo lo ve brillar.

Algunos hay que alaban mas las obras de los malos escritores que las de los buenos. Esto trae su orígen de la envidia, porque nos juzgamos inferiores à los segundos, y queremos destruir su fama: al paso que ensalzamos á los primeros porque nada tememos, y porque así se haga mènos sospechosa la crítica injusta hácia los buenos.

Jamas un escritor al hacer observaciones sobre las obras de otro, debe usar de palabras duras, porque esto indicaria falta de caridad y sobra de orgullo, cosas ambas que ofenderian al impugnado. Mas loable serà

contradecir enseñando, que enseñar chocando, porque para contradecir enseñando, usarà de un lenguaje persuasivo y blando que cautivará al impugnado, al paso que el que enseña chocando, pocas veces logrará que reciban sus doctrinas con docilidad, porque la ofensa que envuelve la reprension, aleja de sí la calma del criticado.

La limosna dada con altanería, ofende al que la recibe, y hace odioso al que la dá. Las observaciones dadas con orgullo, ofenden al que las escucha y rebajan el mérito del escritor.

Nunca, por tanto, debes, aunque seas muy sabio, hablar con tono magistral y decididor, porque esto dará de tí una idea desfavorable: porque ese tono magistral trae su orígen de la seguridad del propio saber, de la alta superioridad que cree uno tener sobre todos los demas, y del desventajoso concepto en que tiene à cuantos escriben; y como à ninguno le agrada que le traten con desprecio, resulta el odio general contra el vano que se juzga superior á todos.

El escritor si quiere pasar por sensato, debe hablar en un tono moderado, sin que en sus producciones revele el menor indicio de soberbia.

En toda discusion se debe evitar el tono

decisivo, porque el tono decisivo indispone á todos los que oyen, con aquel que habla, porque aunque reconozcan en él superior talento y saber, como todos anhelan humillar su orgullo, contradicen su opinion, aunque conozcan que defienden una causa injusta, oscureciendo así la verdad en daño de los que desean aprender.

Nunca debe hablar el escritor como maestro; pero cuando tenga la debilidad de incurrir en este defecto, debe asegurarse antes de la razon que le acompaña, y de que no se verá vencido en la discusion que provoca, porque su derrota le cubriria de ridiculez.

Por muy alto concepto que tengas de tí mismo, habla siempre en tus discusiones como si trataras con otros de superior saber al tuyo.

Los años no dan superioridad en las letras, sino el grado de talento acompañado del estudio; por lo mismo con igual respeto debe hablar el anciano al jóven, que el jóven al anciano, porque, ya he dicho, los años no son los que dan el saber, sino el talento acompañado del estudio.

Si efectivamente tienes grandes conocimientos y eres rico en sabiduría, no corrijas las faltas de los otros con aspereza y orgullo, porque aunque aprenda una verdad y adquiera algun saber, pierde una virtud, que es la de la humildad, pues con tu ejemplo saldrá aprovechado, pero tambien orgulloso: rico en sabiduría, pero pobre en prudencia.

Estilo afectado y fama póstuma.

La afectacion es hija de la vanidad, hermana de la mentira y enemiga de la naturaleza.

El escritor afectado hace mas caso de las palabras que de los pensamientos, asemejándose á aquellos pintores que ponen todo su esmero en dar un brillante colorido á su cuadro, aunque el retrato en nada se parezca al original que copian.

La naturaleza es franca, y para espresarla es preciso usar de un estilo franco que esté en armonía con el objeto de que se trata, porque las palabras, para que agrade una produccion, deben corresponder á las cosas.

El afectado, aun para decir la cosa mas sencilla, la adorna con tanta palabra campanuda, que hace confuso el asunto, y muchas veces incomprensible.

Bajo cualquier punto de vista se hace despreciable el escritor afectado; y por lo mismo debe evitar el que se dedica á la literatura, el caer en este defecto.

Si el afectado trata de manifestar moderacion, se sirve de espresiones tan huecas y tan retumbantes, que al instante revela que no siente aquello que dice, y que de su misma hipócrita humildad quiere sacar partido para pasar por sábio. Si por el contrario, quiere ostentar sus conocimientos, habla en un estilo tan alto y tan ageno de aquel que pide el asunto que trata, que inmediatamente repugna al sentido comun.

El escritor afectado es semejante á aquellos palacios de gran fachada, cuyo interior es pequeño y miserable, ó como el vano, que gasta lo que tiene en presentarse con lujoso vestido, y se priva del alimento.

¿Qué dirias de un médico que para esplicarte la enfermedad que padecias buscaba los términos mas raros de su profesion? Te impacientarias, y dudarias de la eficacia de las medicinas que te mandaba; pues esto mismo le pasa al escritor afectado.

La conversacion del hombre afectado es

cansada y fastidiosa, lo mismo que cansados sus escritos; pues comprometido á usar siempre de términos escogidos, para no decaer, tiene que sostenerla; y como se agotan las palabras, las busca dando tormento à su memoria, y tarda en hablar, causando notable disgusto en los que lo escuchan.

El sentimiento es enemigo de la afectacion, como que el primero es la verdad, y la segunda es la mentira.

No pienses alcanzar alabanzas ni renombre de sabio con la afectacion, sino el vituperio de los doctos y la mofa del vulgo.

La afectacion trae su orígen de la ignorancia; para corregirla, pues, necesita el hombre aplicacion al estudio de la verdad.

El verdaderamente rico, siempre procura ocultar los bienes que posee: el verdaderamente sabio, huye de la afectacion, porque la sabiduría es hermana de la sencillez, de la verdad y de la prudencia.

La afectacion es semejante al oro falso, que analizado, descubre el corazon de despreciable cobre.

Cuanto mas sábio seas, mas inteligibles debes hacer tus escritos, sirviéndote de un lenguage ni tan sublime que venga á ser oscuro para el vulgo, ni tan vulgar que degenere en ordinario. Jesucristo, Salomon, y

otros muchos, hablaron en un estilo claro y sencillo á la vez que elegante y persuasivo.

Màrtir es el hombre afectado de su vanidad, porque siempre tiene que estar atormentando su mente, buscando palabras que no están en el uso comun, sino que le distingan de todos los demas hombres; y el resultado de su ardiente anhelo, que no es otro que el de causar admiracion á los que lo oyen, suele ser siempre contrario, porque el lenguage afectado en una conversacion larga y familiar, cansa al infeliz que escucha; y cuando no la puede sostener el vano, entónces le afrenta y le abochorna.

Recomendable es aquel escritor que escucha con humildad las observaciones de los doctos; pero esta humildad debe tener tambien sus límites, porque si mala es la soberbia que nada escucha, no es mènos perjudicial la condescendencia inconsiderada que varía de opinion á la primer objecion que le hace cualquiera.

Ambos estremos son enemigos de la ilustracion; y el sábio escritor huyendo prudentemente de los dos defectos, debe buscar un término medio en pro de la verdad; porque admitir la opinion del primero que nos combate una idea, sin ver si son ó no fundadas sus razones, es volubilidad de ànimo; y des-

preciar toda observacion sin analizarla, es orgullo despreciable.

Falta de saber manifiesta aquel que cree que todo lo que escribe es bueno; pero falta de saber tambien manifiesta aquel que piensa que todo lo que escribe es malo, y que se amolda al parecer de cualquiera. Los que han llegado al grado de orgullo que el primero, y al grado humillante del segundo, son nulidades en el mundo literario, porque ambos son ciegos de entendimiento.

Mucho tiene andado en el camino de la sabiduría el que está persuadido de que en sus obras, así como en las de todos los hombres, hay defectos; porque el saber que los tiene, le orilla à oír á los doctos para corregirlos; y de esta suerte se apartará del apego á sus propias doctrinas, porque este apego es una barrera que el orgullo levanta à la sabiduría, y cuidará á la vez de no admitir la opinion de cualquiera, porque esta condescendencia inconsiderada, es otra barrera levantada por el menosprecio con que ve sus producciones.

No seas de aquellos escritores de talento débil que adoptan la opinion del primero que critica, ni de aquellos que llenos de vanidad desprecian el genio de todos. Ecsamina detenidamente la razones que esponga,

y emitiendo tú las tuyas estudia la verdad para admitir lo que à esta conviene.

El escritor para vencer ó no dar entrada en su pecho à la soberbia, debe comparar lo poco que sabe con lo mucho que ignora, porque de esta comparacion desventajosa para él resultará la ventaja de su estudio y de su humildad.

Muchos escritores trabajan con afan por adquirir fama póstuma: recomendable es este afan hasta cierto punto; pero dañoso si escede los límites de la prudencia.

Fama póstuma obtendrá el que escribe cosas útiles á la sociedad, porque la sociedad al estudiarlas, bendecirá el nombre del escritor.

Fama póstuma obtendrá el que con sus obras siembre la virtud por el mundo; porque el mundo acatará esa virtud, y Dios premiará al escritor con toda una eternidad de gloria.

Este anhelo de fama póstuma es recomendable; pero ¿cómo aspira à fama póstuma el escritor de mácsimas disolventes é impías que solo siembran la duda en los corazones? ¿Qué derecho tiene el asesino de la virtud, á que los hombres le ensalcen y le elogien? Su nombre pasarà, es verdad, à la posteridad; pero la posteridad pronunciará su nombre con desprecio y horror.

Así como es detestado el rico que emplea sus riquezas en corromper y arrastrar al crímen à familias desgraciadas; así es detestado el que emplea su talento en corromper la moral y las buenas costumbres.

Necio es, pues, aquel que destruyendo los lazos que unen al hombre con Dios, pretende adquirir y ecsige fama póstuma, cuando èsta no se debe al talento, sino al uso que ha hecho el escritor de su talento.

El que ciego con su vanidad y dando libre rienda á su imaginacion, escribe cosas perniciosas, y quiere que la posteridad le ensalce, pretende que la posteridad sea tan ciega y vana como èl, y tan corrompida como su corazon.

Escribe para bien de la sociedad y la sociedad te ensalzará.

Si prefieres la estimacion de Dios à la de los hombres, los hembres te apreciaràn y tendras fama pòstuma.

Si prefieres la gloria de los hombres à la de Dios, los hombres serán los primeros que te olviden.

No aspires, pues, á la gloria que despues de tu muerte te puedan dar los escritos de los hombres, porque estos escritos suelen ser vanos y fugitivos, y mirados con tanta desconfianza como las obras inmorales que elogian. Procura únicamente agradar á Dios; y

la imparcial historia, y los doctos, y el mundo, y el mismo Dios, te destinarán un galardon digno de tus servicios.

Mira siempre que en tus escritos resalte la moral cristiana que es de lo que debes envanecerte; moral que ataca y arranca de raiz los vicios de los hombres, que ella te cubrirá de gloria sin que tú lo intentes: ella te alcanzará esa fama póstuma que algunos, con libros corrompidos, pretenden alcanzar.

El escritor moral, el escritor verdaderamente sábio, busca una fama póstuma para sus libros, para sus mácsimas, y no para èl; pero como sus libros y sus mácsimas son frutos de su talento y de su saber, al ser ensalzados, el público ensalza al autor y lo cuenta entre los hombres mas dignos. Así se vé, sin haber aspirado á la fama póstuma, y à pesar de su humildad literaria, cubierto de gloria por todas partes.

Lo contrario le sucede generalmente al que halaga y enciende con sus producciones las pasiones de los hombres. El deseo de fama póstuma en éste, nace de la alta opinion que tiene de sí mismo y del desmedido amor propio; opinion y amor propio que le ciegan y que le obligan à que, seducido por los sueños de su imaginacion, se aparte de la prudente verdad, con daño del lector y de la juventud estudiosa.

El escritor moral, con la humildad se eleva y alcanza fama póstuma: el vano, con su soberbia llega á quedar humillado y olvidado.

Cuanto mas procura el que ejerce la caridad, ocultar los beneficios que hace, mas conocido y mas ensalzado es. Cuanto mas el hipócrita procura alcanzar fama de virtuoso haciendo algunas limosnas públicamente para que le vean, mas despreciable se hace á los ojos del mundo.

El verdadero sàbio, el verdadero escritor moral cuanto mas sencillo es y mènos aspire á ser conocido, mas nombre y mas fama de sabio alcanzará, al paso que al autor inmoral que quiere pasar por docto, aunque en sus escritos siempre algunas mácsimas buenas, el mundo le aborrecerá y despreciará su nombre.

No escribas para alcanzar alabanzas, sino para ser provechoso á la humanidad, porque de este provecho vendrà tu mayor gloria.

No quieras que tus obras sean solo de pasatiempo y de diversion, y que en ellas vean únicamente un objeto de entretenimiento en donde pasar el rato, como lo van á pasar al teatro, á los bailes y á las tertulias, porque este es un tiempo que le robas al lector; tiempo que podria emplearlo en cosas útiles. Esto no es decir que no escribas nada de entre-

tenimiento, no, sino que sea poco al lado de lo provechoso que escribas.

El buen escritor debe caminar con solidez en el estudio de las ciencias, porque inagotables son los tesoros de la naturaleza, y aquel que se afane por conocer todos esos tesoros, no podrá hacer un estudio profundo de cada uno de ellos: tendrá ideas confusas de todos únicamente; y estas ideas confusas le haràn mas daño que la ignorancia, porque estas ideas de todas las cosas, aunque confusas, le llenan de orgullo, le envanecen, y queriendo pasar por sábio, escribe sin fundamento grandes tratados, cubiertos de errores que solo podrán enseñar errores.

¡Cuántos se creen sabios, porque las nubes de humo denso que ellos mismos han levantado con la adquisicion de tantas ideas, les impide ver que son ignorantes!

Los que hablan de las ciencias solo por la leve tintura que tienen de ellas, se parecen á aquellos viageros que hablan bien ó mal, segun las afecciones hácia el país de que tratan, de los monumentos y las bellezas de una ciudad, solo por el conocimiento del primer ddificio que al pasar ràpidamente por ella han medio visto.

¿De qué sirve la aglomeracion de superficiales conocimientos que cierran la puerta al verdadero saber?

Por sabio pasará ante el vulgo ignorante, el ignorante escritor que de todo habla con tono magistral; pero ante los doctos pasará por vano y presumido.

Muchos quieren pasar por sábios porque han adquirido multitud de ideas confusas de todas las obras que se han escrito: ¿què dirian del poeta que por solo el conocimiento que tiene de los metales, y vierte oro y perlas á torrentes en sus producciones, quisiera pasar por rico?.... Seguramente que le tendrian por loco. Pues teman ellos que por faltos de juicio les tengan los que les oyen hablar.

Debe el escritor hacer un estudio particular de sí mismo, y ecsaminar el grado de saber que tiene para no tenerse él mismo ni en mas ni en menos de lo que realmente sea; porque de esta manera abrazará al escribir cosas dignas de él y del público.

El escritor debe preferir la conciencia á la ciencia: quiero decir, que debe cuidar de que en sus obras la decencia y la moral religiosa tengan un lugar privilegiado, porque sin ellas no puede ecsistir libro bueno.

En cualquier género de literatura que abrace no debe el escritor desentenderse de la sana moral, porque la sana moral es la sabiduría. Bien seas poeta, bien orador, bien jurista, bien teòlogo, ó bien historiador, necesitas para poder enseñar, tener sabiduría, es decir, moral religiosa.

Considera que aunque pases por gran literato ante los ojos de la multitud deslumbrada por el falso brillo de tus doctrinas, eres ignorante si desconoces el aprecio y respeto que debes á la moral, y si eres víctima de tu orgullo y de tu vanidad.

Si no eres religioso, si no prefieres seguir la verdad de Jesucristo á las ideas que se agolpan á tu mente, no escribas para el público, porque orgulloso y vano debes considerarte.

La religion es la robustez de la ciencia. Sin religion no hay moral, y sin moral no hay libro bueno.

Grandes y nobles son todas las cualidades que deben adornar á un escritor público; pero grandes tambien son los honores que le esperan.

Con la edad vienen los desengaños, con los desengaños viene la esperiencia, con la esperiencia el conocimiento de la verdad, y con el conocimiento de la verdad la sabiduría. Mas no se crea que esta última solo se adquiere con la edad, no, ya hemos visto como el gusto se perfecciona por medio del estudio de los buenos libros; pues bien, así como el gusto se perfecciona, así se perfecciona el talento y las inclinaciones por medio del estudio.

El jóven escritor que quiera pasar por sabio, analice las materias de los libros de puro entretenimiento, los inmorales y los que que guardan ideas sanas, de órden y de moral cristiana: estúdielos detenidamente, y de este estudio sacarà un provecho indecible, porque el conocimiento de la verdad nos hace sentir sensaciones tan gratas, que por fuerza tenemos que amarla y que seguirla.

Indispensable es, pues, en todo escritor, el amor à Dios; porque de este amor á Dios, viene el amor á la verdad y á la sabiduría. Preciso le es el conocimiento de Jesucristo, porque del conocimiento de Jesucristo nace el conocimiento de los deberes del hombre y de la moral cristiana; y le es de suma importancia ser altamente religioso, moderado al tener que advertir errores de otros, humilde en la opinion que de sí mismo tenga, porque con tan bellas cualidades, se hará digno de la alta mision que ha abrazado de ilustrar à sus semejantes.

Luz de la razon.

Comun les es á todos los hombres el sentimiento interior que esperimentamos en lo mas hondo del corazon, ya al hacer una cosa buena, ya al cometer un delito: sentimiento que nos reprende ó alaba nuestras acciones de una manera inequívoca, aun cuando tratemos de no hacer caso de él: sentimiento enérgico que, aunque procuremos con fuertes argumentos contrariar su poder, no lograrmos nuestro intento, perque nos sentimos al fin subyugados por la verdad que nos dice: *obraste mal.*

Muchas veces el interes, el amor, el deseo de gloria ó cualquiera otra pation nos inclina con su irresistible halago á descuidarnos de nuestros deberes; pero por mas que haga-

mos por ver si podemos sincerar nuestra conducta, la luz de la razon que no no nos deja ni un instante, nos grita, *no hagas eso, porque eso es el mal.*

¡Cosa admirable es esta luz de la razon! Con solo ella, bastaba al hombre, si la siguiera, para salvarse y para ser útil à la sociedad.

¿Pero de dónde viene esta eterna luz de la razon que no puede apagar el hombre por mas esfuerzos que haga? ¿La enciende la humana criatura? No; porque si la criatura humana la encendiera, la mataria al no querer ser reprendido por ella.

Y esta luz de la razon es universal, porque ella está en los corazones de todos los hombres del mundo, bien sean cristianos, bien judíos, bien gentiles, bien protestantes, ó bien hereges, y á todos de la misma manera y con igual fuerza, les acusa cuando obran mal, y les aplaude cuando obran bien.

Visto, pues, que esta luz de la razon no viene del hombre, porque como ántes dije, si del hombre viniera, el hombre la arrojaria de sí cuando le conviniera, ¿quién es el que la ha colocado en lo último de nuestro corazon? ¿Puede ser otro que Dios, que al dar el libre albedrío al hombre, le dió tambien ese don para que no alegase ignorancia

de que no habia quien le mostrara el buen camino?

Dios es el que nos ha dado esa luz, y Dios es el que nos pedirà cuenta del uso que de ella hicimos.

Nadie està por lo mismo tan obligado á hacer buen uso de esa luz de la razon como el escritor público.

Si castigo eterno merece el que en daño propio únicamente deja de seguir el camino que le señala esa luz divina, ¿qué pena merecerà aquel que despreciándola, enciende la hoguera de sus pasiones, y obliga que por ella vayan los incautos y flacos hombres?

El que en sí solo desprecia la luz de la razon y sigue el torrente de sus desenfrenadas pasiones, es semejante al suicida. El que hace con sus escritos que los demas sofoquen esa salvadora luz, para que sigan las perniciosas mácsimas que predica, es semejante al asesino que arranca la vida á inocentes víctimas y acaba al fin en un patíbulo.

¿Quieres ser escritor útil á la sociedad? Sigue la luz interior de la razon, y lo serás. Con ella no insultaràs en tus escritos á ninguna persona: con ella serás moderado en tus advertencias: con ella no zaheriràs al es- escritor novel, ni mirarás con envidia al que es elogiado por sus producciones, ni criticarás los actos de los buenos gobernantes, por-

que si sigues como debes seguir, ella te dirá que *no hagas á otro lo que no quieras que hagan contigo*, y que tengas con los demas las consideraciones que anhelas te dispensen los otros.

El escritor que siga la luz de la razon, necesariamente ha de ser escritor moral; y siendo escritor moral, será escritor provechoso, porque las acciones malas las reprenderá sin ofender al malo y señalando prudentemente el camino que debe seguir: en sus producciones habrá siempre un fondo religioso que hará amable la verdad y aborrecible la mentira.

La luz de la razon es un reguero de luces que cada una de ellas alumbra cada accion del hombre, para que por ninguna parte se pueda estraviar su razon.

Lo primero que nos muestra la luz de la razon, es la ecsistencia de un Dios Omnipotente à quien debemos amar sobre todas las cosas, porque á èl solo, y no à las cosas, debemos la vida.

Por eso el escritor, cuya mision es enseñar la verdad, no debe apartarse nunca de la luz de la razon, porque siguiéndola fielmente, ensalzarà en sus obras à Dios, y nos enseñará á amarle, y enseñándonos á amarle, nos enseñará á ser felices.

¿Qué dirias de aquel que debiéndonos conducir en una oscura noche por un camino estrecho y largo, á cuyos lados hubiera horrendos precipios, apagara la antorcha que le habian dado para que nos alumbrara? Dirias que era un inhumano que anhelaba nuestra muerte.

Pues eso mismo debes decir del escritor que despreciando la luz de la razon, te conduce á su capricho por el camino angosto de la salvacion, sin otra luz que la que derraman los delirios de su imaginacion, luz que nos deslumbra, y que haciéndonos perder el tino, nos obliga à caer en el horrendo precipicio de la culpa.

Responsable y castigado es por su rey, el general que por imprudencia ó por traicion conduce á sus soldados à una muerte segura.

Responsable y castigado de Dios serà el escritor que malignamente se aparta de la luz de la razon, y conduce á los lectores, con sus inmorales producciones, al vicio, que es la muerte del alma.

¿Quieres ser escritor justo? Sigue la luz de la razon constantemente.

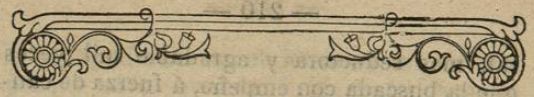
Mas te valiera haber nacido idiota, que hombre de talento que desprecia la luz de la razon; porque el idiota á nadie hace daño, porque á nadie enseña; pero el hombre de

talento que desprecia la luz de la razon, causa con sus escritos daños irreparables.

Dios es la suma sabiduría: la luz de la razon la que nos muestra á Dios, á la suma sabiduría. El que desprecia, pues, la luz de la razon, huye de Dios, huye de la sabiduría; y huyendo de la sabiduría, tiene que ser perjudicial à la sociedad entera.

Los ojos te han sido dados por Dios, para que veas lo que te pertenece en el mnndo, y no tropieces á cada paso; la luz de la razon que forma los ojos del amla, te ha sido concedida para que conozcas el bien y el mal, y evites caer en este. El que cierra los ojos despreciando el beneficio de la vista, se hundirà en algun abismo: el que desprecie la luz de la razon, se hundirá en la ignorancia y morirá en el pecado.

Dèjate guiar en tus escritos por la luz de la razon, y alcanzarás fama de docto. No dejes que la soberbia humana se apodere de tu corazon, porque el humo y la vanidad ofuscará tu mente y tus ideas.



Del juicio.

El juicio no es otra cosa sino el resultado de la firmeza en seguir constantemente la luz de la razon.

El que se deja guiar por la luz de la razon, precisamente ha de tener juicio; esto es, acierto en la eleccion de las materias de que va á tratar.

El escritor de juicio, jamas se aparta de la verdad; desprecia la vanagloria, y solo trata de derramar la ciencia por todas partes, sin otro anhelo que el de ser útil à la sociedad.

Al tratar de un asunto jocoso, lo hace sin ecsagerar nada, pintando la natura y las personas como en sí son, con esa gracia natu-